

## Elena Poniatowska: las voces de la crisis

Cristina de la Fuente

No podemos negar la importancia de la crónica dentro del panorama literario mexicano, pues es la que nos ha ido reseñando los acontecimientos a través de diferentes periodos históricos, desde “las cartas de Colón hasta los escritos de Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Ricardo Garibay, Cristina Pacheco, entre otros” (Kuhlmann, 200). Si hacemos un recorrido por los anales de la historia, podemos percatarnos que tanto las crónicas de la conquista como las de la época colonial mostraron una visión unilateral, es decir, nos brindaron exclusivamente la versión de los vencedores. Es a partir de la Independencia (1810-1821) cuando surge un sentimiento nacionalista y el país busca una identidad. Los cronistas mexicanos “han sido autores plenamente en el centro de la vida literaria nacional: Fernández de Lizardi, Guillermo Prieto, Novo, Poniatowska y hasta Villoro y Fabrizio Mejía Madrid son todos figuras angulares de la literatura mexicana” (Sánchez, 390). La crónica contemporánea se ubica del lado de los vencidos, lo que le da validez al existir un compromiso social pues trata de aniquilar a la versión oficial de la historia que resulta en esencia maniqueísta. Dicho género periodístico se viste de cotidianidad, lo que le brinda movilidad y flexibilidad. “La crónica está estrechamente ligada al periodismo (al menos desde la independencia), también encontramos ciertos paralelismos con la literatura testimonial en lo que respecta a la crónica de la revolución mexicana y sus manifestaciones más recientes (sobre todo Elena Poniatowska y Luis González de Alba, entre otros)” (Kuhlmann, 200). Sabemos que la crónica mexicana ha recibido gran influencia del *New Journalism* norteamericano, particularmente en lo que se refiere al subjetivismo, pieza fundamental de este género. Son los trabajos de Tom Wolfe, Hunter Thompson y Truman Capote, entre otros, los que “han revivido el interés por el género agregándole diversas técnicas” (Kuhlmann, 206). Es precisamente Wolfe quien postula las cuatro características esenciales de la crónica, cuya importancia recae en la gran expresividad que le otorga, siendo éstas la reconstrucción de las diferentes escenas, los diálogos apegados a la realidad, la narración en tercera persona y por último las detalladas descripciones de los acontecimientos. “The result, says Wolfe, is a view of life which says “Come here! Look! This is the way people live these days! These are the things they do!” (Young & Young, 74). En este análisis trataré de demostrar que las crónicas de Elena Poniatowska cumplen cabalmente con lo postulado por Tom Wolfe. “Para ello analizaré dos de sus obras, *La noche de Tlatelolco* (1971) y *Nada, nadie, las voces del temblor* (1988).

Elena Poniatowska, la escritora más importante del México contemporáneo, nace un 19 de mayo de 1932 en París. En una entrevista con Teresa Méndez-Faith, la cronista comenta “Vine a México casi a fines

de la Segunda guerra mundial porque mi mamá que se apellida Amor, es mexicana. Hice estudios aquí en una escuela inglesa que se llama “The Windsor School.” Luego estuve en Filadelfia en un convento de monjas, el Sagrado Corazón, donde estudié High School” (Paley, 129). Desde 1953 comienza a trabajar en el periodismo. En el diario *Excélsior* realizó una serie de entrevistas a personalidades de distintos ámbitos, entre los que destacan Diego Rivera, Octavio Paz, Lola Álvarez Bravo, Rosario Ibarra de Piedra, Amparo Ochoa, Josefina Vicens, por citar algunos. Sin embargo, su periodismo también se caracteriza por darle voz a los desposeídos, a los que nadie escucha, “Pues yo escribo porque es un gusto, porque ya tengo muchos años haciéndolo, porque es mi manera de estar sobre la tierra y de ser, y ésa es la razón por la cual escribo. No porque yo sienta que tenga una específica función o un público determinado. En realidad, no sé quiénes me leen... Yo he escrito libros para dar voz a los que no la tienen, a los que están siempre silenciados...” (Paley, 127). Elena Poniatowska es una escritora con una vasta producción literaria. Su primera obra fue un libro infantil, *Lilus Kikus*, seguida por una obra de teatro, *Melés y Téleo* que fue una sátira de los intelectuales de la época; no podemos olvidar sus famosas crónicas y novelas entre las que se incluyen *Hasta no verte, Jesús mío*, *Querido Diego, te abraza Quiela*, *De noche vienes*, *Flor de lis*, *Tinísima*, *Amanecer en el Zócalo* y las dos obras que son piezas fundamentales en nuestro análisis, *La noche de Tlateloco* y *Nada, nadie, las voces del temblor*. Tampoco podemos dejar a un lado su compromiso social al participar activamente en movimientos políticos y de derechos humanos. Fue periodista fundadora del diario *La Jornada* y de las revistas *Fem* y *Debate feminista*, con lo que Elena Poniatowska se perfila como una acérrima defensora de los derechos de la mujer. Galardonada con importantes premios literarios como el Premio Cervantes de Literatura (2013), el Premio Nacional de Periodismo por sus entrevistas (1978), Premio Alfaguara (2001), Legión de Honor de Francia (2003), Presea Rosario Castellanos (2010), lo que la convierte en la escritora mexicana más premiada al recibir 26 galardones dentro de la literatura, el periodismo, así como reconocimientos académicos.

¿Qué motiva a Elena Poniatowska a escribir esas crónicas? Para ella, es importante conocer el momento histórico y los acontecimientos de los cuales es una fiel testigo, y que logra plasmar de manera magistral. “La masacre estudiantil y el terremoto que sacudió la ciudad de México son dos momentos de crisis por los que atravesó México y que quedaron registrados en la pluma de Poniatowska” (Serur, 140). Fue en 1968 cuando México se proclamaba sede organizadora de los XIX Juegos Olímpicos, lo que suponía para el país azteca importantes ingresos económicos, posicionándose ante el mundo como un gran escaparate cultural, además de proporcionarle la oportunidad de mostrarse como un país moderno y democrático. Sin embargo, este plan se estaba tambaleando ya que el entonces presidente Gustavo Díaz-Ordaz no lograba un acuerdo conciliatorio con el Comité Nacional de Huelga conformado por estudiantes de diferentes universidades como la Universidad Autónoma de México (UNAM), el Instituto Politécnico Nacional (IPN), El Colegio de México, la Universidad Iberoamericana, La Universidad La Salle, la Escuela Nacional de Maestros, la Escuela Nacional de Antropología e Historia y otras universidades del interior del país. “This conflict emerged, in essence, as a result of complaints about police brutality in Mexico City and the oppression of dissidents” (Harris, 482). Seis eran las peticiones que estos estudiantes demandaban al gobierno mexicano: la liberación de presos políticos, las destituciones de los jefes de la Policía, los Generales Luis Cueto, Raúl Mendiola y Armando Frías; la revocación de los artículos 145 y 145<sup>a</sup> del Código Penal con referencia a los crímenes de disolución social, la indemnización a los familiares de los muertos y heridos que resultaron víctimas de agresión desde el inicio del conflicto y deslindamiento de responsabilidades de los actos de

represión y vandalismo en los que el ejército, los granaderos y la policía estuvieron involucrados; así como la extinción del cuerpo de granaderos. En resumen, los estudiantes buscaban un cambio social, aunado a una mayor participación en las decisiones dentro del marco universitario. El 2 de octubre de 1968, el ejército mexicano y el llamado Batallón Olimpia perpetraron una matanza de estudiantes, quienes se manifestaban pacíficamente en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco; los estudiantes no portaban armas y se calculan eran unos diez mil. Incluso en la actualidad se ignora el número exacto de muertes y desapariciones. “For Elena Poniatowska, instead, Tlatelolco is an opportunity to let the voices of the people speak...she constructs a fiction of civil society, a de-centered representation of community anchored in plurality” (Sorensen, 310) El libro *La noche de Tlatelolco* consta de dos partes: la primera lleva el título de *Ganar la calle* seguida por *La noche de Tlatelolco*, en donde la autora da una breve descripción de los sucesos ocurridos esa noche. Acompaña al texto con un archivo fotográfico que junto con los testimoniales le otorgará a la obra, matices cinematográficos que le permitirán al lector visualizar los eventos. A través de un collage de testimonios, Poniatowska nos narra en tercera persona el terror que vivieron los estudiantes, los padres de familia, los habitantes de la unidad Nonoalco-Tlatelolco, los dirigentes del movimiento y algunos medios de comunicación que se encontraban cubriendo la manifestación. “El dueño de la barraca les dio los fusiles a los cuicos, a los del ejército, y les ordenó que dispararan” (Poniatowska, 2012, 35). Asimismo nos brinda con gran detalle descripciones de todo lo acontecido esa noche; con las entrevistas y el material fotográfico logra una reconstrucción de las diferentes escenas que allí tuvieron lugar. Los diálogos están totalmente apegados a la realidad, utilizando las declaraciones de los diferentes participantes o testigos presenciales, es decir, hace uso de la polifonía para darle mayor credibilidad al relato, tomando en cuenta a todos los sectores sociales. Sin embargo, como la propia autora dice, “Yo no pretendo para nada ser la poseedora de la verdad absoluta, ni mucho menos” (Álvarez, 6). Al mismo tiempo, da foro a todos los sectores. Igualmente se escucha a un miembro del Comité Nacional de Huelga, Luis T. Cervantes Cabeza de Vaca, “El mayor se me acercó y me puso un capuchón de una tela gruesa como lona... el capuchón me cubría toda la cabeza hasta el cuello, cerrándola a la altura de la garganta. Me doblaron los brazos y me ataron las manos por la espalda” (Poniatowska, 2012, 141); como el escalofriante relato de una estudiante, Estrella Sámano, “El helicóptero disparaba y empecé a oír tiros en el cielo. Tiraban a lo bestia. Por eso se incendió el edificio Chihuahua, por los tiros que provenían del helicóptero” (Poniatowska, 2012, 221). Así como el testimonio de una madre desesperada, Elvira Bórquez de Concheiro, buscando a gritos a su hijo vivo o muerto. Cito a continuación algunos fragmentos: “No, esto no es verdad, es una película; esto solo lo he visto en el cine. ¡No son balas de verdad! Seguí caminando, como ida, como loca hasta que la gente me detuvo.(222). “¡Y Lucianito está allá adentro!” (243). “Pero si no es nada más mi hijo: son los hijos de todos ustedes” (Poniatowska, 2012, 244). Se oye el clamor de auxilio de una voz anónima: “¡Estoy herido! Llamen a un médico. ¡Estoy...! (Poniatowska, 2012, 249). Dentro del ruido ensordecedor del ataque, se escuchan voces dentro de la multitud: “Mira que pasa allá; le tiran a todo” (Poniatowska, 2012, 275). Incluso se perciben las voces del ejército cuando un oficial afirma “¡Muy bajo, están tirando muy bajo! ¡Muy bajo!, ¡Agáchense!” (Poniatowska, 2012, 248). Sin faltar las opiniones de los periodistas ahí presentes, tanto de la prensa nacional como de la internacional, quienes condenaron las acciones ejecutadas por el gobierno, como fue el caso del caricaturista Catón quien con un simple ¿Por qué?, deja claro lo absurdo de esta masacre. Escritores e intelectuales de la talla de Octavio Paz, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Carlos Fuentes, Juan Rulfo, María Luisa Mendoza, Rosario Castellanos, entre otros, condenan las acciones

del gobierno mexicano. “The work of writing came on the heel of violence: Taking the floor and the word, writing and denouncing, actively engaging in action-verbal and otherwise were attempts to sustain collective memory” (Sorensen, 304). La matanza de Tlatelolco fue, sin lugar a dudas, un momento de gran crisis para México, logró cimbrar a la nación, a las instituciones y revelar el autoritarismo y la barbarie del gobierno; tal violación a los derechos humanos permanece en la memoria colectiva 52 años después. Sin embargo, diez días más tarde, el 12 de octubre, se inauguraron las olimpiadas de la paz, los Juegos Olímpicos México 68 con gran éxito.

Fue el jueves 19 de septiembre de 1985 a las 7:19 am cuando la Ciudad de México sufrió uno de los peores terremotos de su historia. Tal movimiento telúrico tuvo una intensidad de 7.3 grados en la escala Richter y se calcula hubo alrededor de 30, 000 decesos. Los capitalinos vivieron días llenos de miedo, dolor y angustia debido a las réplicas que tuvieron lugar en los días subsecuentes. Parecía como si la Ciudad de México hubiese sido bombardeada: 250 edificios entre los que se encontraban el Hotel Regis, el Multifamiliar Juárez, el Centro Médico, Televisa, la unidad habitacional Nonoalco-Tlatelolco, la Secretaría de Comercio y el Hospital General, entre otros, se desplomaron y muchas personas, quedaron atrapadas. Como suele ocurrir en estos casos, el gobierno priísta de Miguel de la Madrid actuó tarde y mal, declarando que estaban capacitados para hacer frente a la tragedia, sin embargo, no se contaba con el equipo necesario para remover los escombros que enterraron a vivos y muertos. Durante este sexenio “la crisis de la economía limitó muy considerablemente los recursos destinados al desarrollo urbano de la zona metropolitana de la Ciudad de México. Las decisiones de gasto público en diferentes áreas afectaron gravemente los niveles de vida: alimentación, vivienda y salud, principalmente de las clases populares” (Corona, 97). Pronto llegó la ayuda internacional. Pero el verdadero héroe fue el pueblo de México, quien valiéndose de palas, picos y manos, salvaron entre los escombros a miles de personas. Para Elena Poniatowska, no resultó fácil escribir sobre esta gran crisis. La tragedia y el caos la sobrepasaba, le dolían los desamparados, pero Carlos Monsiváis y Julio Scherer García la convencieron para que recabara los testimonios de los hombres y mujeres que estaban en las líneas de frente y se conociera lo que en verdad estaba ocurriendo. “A partir de la segunda mitad del siglo XX, surgen obras que ayudan a dar voz a quienes no la tienen. Esto puede observarse, para dar un ejemplo, entre las crónicas tanto de Carlos Monsiváis como de Elena Poniatowska a raíz del terremoto de 1985 en la Ciudad de México, donde describen los horrores de la vida diaria, así como la formación de una sociedad civil dispuesta a unirse para hacer el trabajo que el gobierno no hizo por las víctimas” (Márquez, 48). En una conferencia en el 2015 sobre su libro *Nada, nadie: las voces del temblor*, Elena Poniatowska comenta “yo entrevisté a muchos mexicanos pobres. A ningún rico, porque a ningún rico le pasó nada; bueno, quizás les paso a sus edificios.” A lo largo de esta crónica, la escritora hace una clara denuncia de la corrupción, de la impunidad, de la falta de humanidad por parte de la cúpula del poder al construir edificios defectuosos, el carecer de un sistema de alerta sísmica y protocolos implementados, y de no ser capaces de actuar ante una crisis de esa magnitud. Sin embargo, la escritora destaca la participación ciudadana; una de esas voces fueron los chavos punk “los muchachos que usan aretes en la nariz, en la boca, en las cejas, en todas partes, a los que están tatuados también, a los que llevan muchas pulseras de cuero y están con los pelos parados y pintados. Yo los vi en el terremoto del 85. Estaban toda la noche sacando cubetas y cubetas de tierra y desperdicio y yo estaba al lado de ellos...cuando yo les pedía al final: ‘dígame su nombre-decían-pues no importa, póngame Juan, póngame como usted quiera.’ Así regresaban a la pobreza de sus casas aunque

finalmente eran los más generosos. Y ellos son los que la sociedad mexicana rechaza” (Estrada, 55) El libro está repleto de testimonios desgarradores que ayudan a hilvanar la historia, como el de Salomón Reyes, de origen mixteco, quien habitaba junto a sus 7 hijos y esposa en un cuarto de azotea de un edificio en la calle de Nuevo León, el cual se desplomó. “De tener una familia grande y estudiando todos —porque todos estaban estudiando— mis hijos, mis siete hijos y luego no tener ni uno. Tenía la esperanza de encontrar a uno, por lo menos, uno, pero de siete, ni uno siquiera.” (Poniatowska, 2015, 70). El relato del brigadista universitario Antonio Lazcano, científico a quien enviaron de la universidad a fumigar cadáveres al parque Delta del Seguro Social, “lo primero que vi fue una muchacha alta, tendida en el suelo, muy blanca, el cuerpo todo lleno de puros moretones, completamente desnuda, con el pubis rasurado y unos pechos muy grandes cargados de leche. Decía: Número 76 Ginecobstetricia. Hospital Juárez. Me fijé que tenía una rajada en forma de media luna en el vientre, y me dio mucha tristeza darme cuenta de que esa mujer acababa de tener un hijo” (Poniatowska, 2006, 93). La crudeza de los relatos logra crear en el lector una imagen vívida de lo sucedido. Se va formando la historia con retazos de experiencias. “Llegó un muchacho así flaquito, chaparrito, morenito, el típico mexicano que ha tenido que chambear muy duro, que seguramente vive en una vecindad, en una colonia perdida. Con su suetercito demasiado delgado. ¿Las cajas? Preguntó. Para él eran tres cajas —los ataúdes—. Venía por su hermana y por sus dos sobrinas. Uno de los ataúdes tenía dos clavos salidos, pero dije que pues ni modo, no importa, después vimos como el flaquito empezó a apachurrar con sus tenis los clavos y como no lo logró, se puso a doblarlos con una tabla. Ese sólo acto le devolvió toda la dimensión humana a los cadáveres del estadio.” (Poniatowska, 2015, 72). El temblor abrió la cloaca de la injusticia, no es posible olvidar a las 600 costureras que perecieron en San Antonio Abad, mujeres y jefes de familia quienes trabajaban a destajo. Pero también nos mostró el heroísmo anónimo de los Topos, “La Pulga, Marcos Efrén Zariñana, de 1.54 de estatura, rescatista proveniente de Cuautla salvó muchas vidas, entre ellas la de Abelito, después de 18 horas de excavar.” (Poniatowska, 2005). O cuando el periodista Jacobo Zabłudovsky realiza la incómoda pregunta al tenor Plácido Domingo, ¿No teme por su voz ante el polvo y el cascajo? respondiendo, “lo que me importa es que los cuerpos se rescaten con dignidad” (Poniatowska, 2005). Es aquí donde surgen las preguntas que Elena Poniatowska con su crónica nos hace formularnos: ¿Dónde estaban las autoridades cuando se derrumbaron los edificios? ¿Cuándo se dieron los permisos de construcción? ¿Cuándo se compraron materiales de tercera para obtener ganancias de primera? Probablemente, cuidándose las espaldas. Pasado el terremoto hubo una migración importante de los capitalinos a la provincia mexicana, pero sobre todo la sociedad civil se dio cuenta que a través de la unión, la organización y la solidaridad se puede lograr un bienestar común.

En conclusión, podemos decir que Elena Poniatowska ha sabido plasmar de manera magistral dos momentos de crisis en la vida del México moderno utilizando como herramienta la crónica. Esta escritora y periodista, con un estilo directo y polifónico, ha logrado captar la esencia del ser humano, mostrándonos fríamente los acontecimientos tal como sucedieron de viva voz de sus protagonistas. “En el terremoto fui a todo, vi todo lo que había que ver...hablaba con todo el mundo...uno decía que tenía mucha hambre, entonces íbamos por una torta mientras platicábamos. Y todo era así” (Steele, 103). Su narración resulta tan visual que pareciera estamos ante un documental. Se trata de un estilo subjetivo en donde se amalgama el reportaje con el comentario con el objeto de tener al lector genuinamente informado. “Some of the finest examples of the use of the new journalism techniques among writers in Latin America are found in

the works of Mexican journalist and novelist, Elena Poniatowska. Even though Poniatowska's subject is a historical reality, her account does not have the same texture of everyday reality as one would find in a newspaper report" (Young & Young, 75). Su periodismo literario nos lleva a la reflexión y al análisis; pero sobre todo a romper de tajo con lo establecido por el aparato del estado, de la sociedad y de los medios en el poder.

## Obras citadas

- Alvárez, Pilar y Susan Martin. “Una conversación con Elena Poniatowska”, *Lucero* 9.1 (1998): 1098-2892.
- Corona Rentería, Alfonso. “La economía en la zona metropolitana en la ciudad de México.” *Investigación Económica*. 49.193 (1990): 97-124
- Harris, Christopher. “Remembering 1968 in Mexico: Elena Poniatowska’s *La noche de Tlatelolco* as Documentary Narrative.” *Bulletin of Latin America Research* 24.4 (2005): 481-495
- Estrada, Oswaldo and Poniatowska, Elena, “Elena Poniatowska.” *Hispanamérica* 37.109 (2008): 53-59.
- Kulmann, Ursula, “La crónica contemporánea en México: Apuntes para un análisis como praxis social”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 15.30 (1989): 199-208.
- Márquez, Alejandra, “Intermitencias de Género y sexualidad en la crónica mexicana contemporánea”, *Chasqui* 46.2 (2017): 48-60.
- Paley Francesco, Martha. “Elena Poniatowska: convergencia en *La flor de lis*.” *Hispanamérica* 21.62 (1992): 127-132
- Poniatowska, Elena, “Nada, nadie, las voces del temblor. Conferencia en el taller de verano”, UUAP 2015, *Irrupción en el paisaje*, 15 de junio de 2015.
- Poniatowska, Elena, *Nada, nadie Las voces del temblor*. México: Era, 2006.
- Poniatowska, Elena. “Nada, nadie, las voces del temblor: 20 años después.” *La Jornada*, 14 de septiembre de 2005.
- Poniatowska, Elena, *La Noche de Tlatelolco*. México: Era, 2012.
- Sánchez Prado, Ignacio M. “Carlos Monsiváis: la crónica como narrativa pública.” *Doscientos años de narrativa*. Siglo XX. México: El Colegio de México, 2010.
- Serur, Raquel. “El quehacer literario de Elena Poniatowska.” *Debate Feminista* 45 (2012): 139-143
- Sorensen, Diana. “Tlatelolco 1968: Paz and Poniatowska on Law and Violence.” *Mexican Studies* 18.2 (2002): 227-321
- Steele, Cynthia y Elena Poniatowska. “Elena Poniatowska.” *Hispanamérica* 18.53-54 (1989): 89-105.
- Young, Dolly y William Young. “The New Journalism in Mexico: Two women writers.” *Chasqui* 12.2-3 (1983): 72-80.